DOÑA INÉS DE CASTRO.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ESCRITA EN FRANCES

POR M. HOUARD DE LA MOTTE,

traducida y acomodada al teatro español:

Gil y Zárate

Representada por la primera vez en Madrid en el teatro del Principe en setiembre de 1826.

MADRID, 1826.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

PERSONAS.	ACTORES.
D. ALFONSO, *el justiciero*, Rey de Portugal.	*Señor Joaquin Caprara.*
LA REINA.	*Señora Rosa Peluffo.*
DOÑA CONSTANZA, hija de la Reina.	*Sra. Joaquina Baus.*
DON PEDRO, hijo del Rey.	*Señor Cárlos Latorre.*
DOÑA INÉS DE CASTRO, dama de la Reina.	*Señora Concepcion Rodriguez.*
D. RODRIGO, Príncipe de la sangre de Portugal.	*Señor Santiago Casanova.*
D. ENRIQUE, Grande de Portugal.	*Señor Antonio Silvostri.*
EL EMBAJADOR del Rey de Castilla.	*Sr. Luis Fabiani.*

DOS GRANDES DE PORTUGAL.

D. FERNANDO, criado de D. Pedro.

DOS NIÑOS Y SU NODRIZA.

CORTESANOS.

GUARDIAS.

La escena es en Lisboa, en el palacio de don Alfonso.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

El Rey, la Reina, doña Inés, don Rodrigo, don Enrique, cortesanos.

EL REY.

¡Don Pedro no me sigue! Su modestia
Sin duda le prohibe ser testigo
De la fama debida á sus hazañas.
Vos, cuya sangre, noble don Rodrigo,
Se interesa en su gloria; y vos, Enrique,
Que habeis con él triunfado y combatido,
Ayudadme á gozar de su grandeza
Y á admirar su valor y su heroismo.
[1] Vos, señora, del ínclito Fernando
Ved el Embajador.

1 A la Reina.

ESCENA II.

Los precedentes, el Embajador de Castilla y su séquito.

EL EMBAJADOR.

De vuestro hijo
Las gloriosas proezas son tan gratas
A toda la Castilla como han sido
Al mismo Portugal. El Rey Fernando
Participa, Señor, del nuevo brillo
De vuestro augusto trono, y por mi boca
Os manifiesta el sumo regocijo
Y la satisfaccion que experimenta.
En vuestro sucesor esclarecido
Os veis reproducir. Señor, ¡cuán dulce
Es á los grandes Reyes tener hijos
Que en gloria y en virtudes les igualen;
Y el honor de mil lauros adquiridos
En sangrientas batallas, confiado
A tan valientes manos, trasmitirlo
A la posteridad! No bien don Pedro
De la infancia salió, cuando á los filos
De vuestro acero vió caër deshechas
Las huestes sarracenas, destruïdos
Sus baluartes, sus lunas arrolladas,
Y vuestros campos en su sangre tintos.

Vos trazásteis, Señor, la noble senda
Que á la inmortalidad le ha conducido.
Vuestro rayo en sus manos invencibles
Funesto ha sido al africano impío.
A su vista los bárbaros se aterran.
En torpe fuga de su brazo invicto
Huye el que puede; el que resiste cae,
O el carro vencedor sigue cautivo.
Señor, los intereses de Castilla
A los de Portugal están unidos,
Y ella misma triunfante se contempla
Viendo triunfar á Alfonso y á su hijo.

EL REY.

No es sola la amistad la que me liga
A vuestro Rey. Desde su trono al mio
Ha pasado su madre. Otro himeneo
Acabará de unir nuestros destinos
Enlazando á mi hijo con su hermana,
Como fue en los tratados convenido.
Harto lo han retardado los horrores
De los combates; pero en fin hoy mismo
Se celebra, y el júbilo y la gloria
Se verán en Lisboa confundidos.
Partid pues, y al Monarca castellano
Haced saber de Alfonso los designios.
Decidle que este plácido himeneo
Va á premiar de don Pedro los servicios.

ESCENA III.

El Rey, la Reina, doña Ines.

EL REY.

Sí señora: la suerte de Constanza
Se va á fijar. Es cierto que debimos
Celebrar en un dia las dos bodas;
Pero entonces no pude al hijo mio
La gracia rehusar que me pedia
De lidiar con los fieros enemigos
De Portugal. Yo mismo armé su diestra
Y animé su valor. Si ha diferido
El alto honor de recibir la mano
Y la fe de Constanza, su designio
Fue volver á sus plantas victorioso,
Digno de ella y de mí. Yo por un hijo
Me privé de vencer. Gracias al cielo
Excedió á mi esperanza su heroismo.
Los africanos mi clemencia imploran:
La mitad yace en oprobiosos grillos,
El resto tiembla, y aun respira apenas
En sus vastos desiertos guarecido.
A tan dulce placer yo me abandono
En tanto que asombrados del prodigio
De su valor mis súbditos le aplauden
Y como á Rey le aclaman. Sí: él es digno

De toda la ternura de Constanza.
Este dulce himeneo, yo lo afirmo,
A mi hijo y á mi pueblo hará dichosos:
Unico objeto de los votos mios.

LA REINA.

Señor, la indiferencia de don Pedro
Me inquieta á mi pesar. Algun motivo
Secreto le retrae de este enlace.
Al lado de mi hija yo le he visto
Desdeñoso, violento. De su boca
Una expresion de amor nunca ha salido.
Ni siquiera parece haber notado
Su beldad. ¡Ah Señor! Si vuestro hijo
Resistiera....

EL REY.

¡Recelos importunos!
Excusad la fiereza de un caudillo,
De un héroe naciente todavía
De su primer victoria envanecido.
Bien pronto esa altivez, ese entusiasmo
Sujetará el amor á su dominio,
Y de un dichoso nudo el alto precio
Conocerá mejor.

LA REINA.

Os lo repito:
Yo temo sus desprecios. ¿Por qué causa
Honrar con su presencia no ha querido
Del castellano embajador la audiencia?

No lo dudeis, Señor: huye de oiros
Recordar un tratado que no puede
Sellar su corazon fiero y esquivo.
Si él resistiera....

EL REY.

¿Qué decís, Señora?
Don Pedro resistirme! ¡O Dios! ¡Me irrito,
Tiemblo de imaginarlo! Si él osára
Ultrajar de ese modo á un Rey benigno,
A un padre bondadoso.... ¡Desgraciado!
Yo le haria sufrir todo el castigo
Que merece un rebelde. Si el orgullo
De su triunfo le arrastra á ese delito,
Yo le haré conocer que de las leyes
No le exime la gloria que ha adquirido,
Ni el valor, ni la sangre. Si á mi lado
Le admira Portugal, su alto destino
Le obliga á dar ejemplo de obediencia
Como primer vasallo, y es preciso
El mas reo, el mas pérfido juzgarle,
Si no es por su desgracia el mas sumiso.
Pero, Señora, lejos de nosotros
Tan siniestras ideas. Mi designio
A la Princesa anunciaré. Don Pedro....
Sabe que soy su Rey: bastante os digo.

ESCENA IV.

La Reina, doña Inés.

LA REINA.

Tú acabas de escuchar mis justas quejas,
Inés, y de mi esposo ya has oido
La determinacion. Tú del arcano
Que causa mi inquietud y mi conflicto
Me puedes informar, pues del Infante
Gozas la confiänza. Yo le he visto
Siempre contigo afable y complaciente.
Sí honra mi córte, siempre distraidos
De otro objeto sus ojos, nada buscan,
Nada ven sino á Inés... Dime, te pido;
¿En qué consiste que don Pedro solo
De Constanza no vé los atractivos?
Dí: ¿qué funesto misterioso velo
Tanta belleza oculta á sus sentidos?
¡Ah! Jamas el orgullo de una madre
Se ha fundado mejor. De mi cariño
Cuantos ven á Constanza participan.
Tantos dones en ella reunidos;
Sus virtudes, su cándida modestia
¿No podrán preservarme del suplicio
de verla despreciada?

INÉS.

¡Qué, señora!
¿Tan feroz á don Pedro habeis creido
Que pueda rehusar sus homenages
A tan rara beldad? No me permito
Penetrar sus secretos; pero siempre
Que me habla de la Infanta sus hechizos
Admira, sus virtudes reconoce,
Y como vos la alaba.

LA REINA.

¿Y no ha podido
Decir á nadie sino á tí que la ama?
¡Guárdate de engañarme! Te lo aviso;
¡Guárdate de mi cólera!— El ingrato
No ama no á la Princesa: ya está visto.
A quien ama es á tí.

INÉS.

¡A mí, Señora!

LA REINA.

Sí; á tí. Tú de sus bárbaros desvíos
Eres sola la causa. Si pretendes
Desmentirme, abandóname el indigno
Objeto de su amor y de la fiera
Implacable venganza que respiro.
Solo puedes así justificarte
Y evitar el horror de tu suplicio.

ESCENA V.

DOÑA INÉS.

¡O cielo! ¿qué he escuchado? ¡Qué terrible
Tempestad me amenaza! No hay arbitrio.
Todo debo esperarlo de sus iras.
¡Ah! si solo temiera mi exterminio....

ESCENA VI.

Doña Inés, don Pedro, don Fernando.

INÉS.

Príncipe amado, oid mi desventura.
Mas yo tiemblo. Si somos sorprendidos....

DON PEDRO.

Don Fernando, observad si alguno viene.
¿Qué infortunio me anuncia repentino
Ese rostro de lágrimas bañado?
Habla: ¿qué pena......

INÉS.

Príncipe querido,
Vuestra esposa es perdida.

DON PEDRO.

¡Tú perdida!
¿Y por qué ese terror?

INÉS.

El amor mio
Bien previó estos momentos de amargura
Cuando mi mano os dí: Mis vaticinios
Van á cumplirse. El Rey ha decretado
El himeneo de Constanza. Hoy mismo
Os pretende estrechar á consagrarla
Vuestra fe en los altares. ¡O martirio!
El ignora el obstáculo invencible
Que se opone á tan duro sacrificio.
Por colmo de desdichas ya la Reina
Me sospecha, señor. Si hubiérais visto
Su rabia, sus violentas amenazas
Contra el objeto á quien el cielo quiso
Honrar con vuestro amor. ¡Ay! ¿á qué excesos
Ese furor zeloso y vengativo
No es capaz de arrastrarle, si una esposa
Halla en vez de una amante? ¿Qué otro arbitrio
Sino la muerte bastará á vengarla
Y al bárbaro placer de desunirnos?

DON PEDRO.

Cálmate, amada Inés. Esos temores
Me ofenden. ¿Qué venganza, qué peligros
Puedes temer, cuando mi amor, mi brazo
Guardan tu amable vida?

INÉS.

¿Habeis creido
Que yo temo por mí? No; caro esposo,

Juzgad mejor de Inés. De ese amor mismo
Que os merezco dimanan mis temores.
Yo sé cuanto dolor, cuanto conflicto
Mi muerte os causaría, y vuestra pena
Me aflige mucho mas que el riesgo mio.
Vos lo sabeis: la plácida esperanza
De reinar algun dia no me hizo
Apetecer, señor, vuestro himenéo;
Y si en violar la ley he consentido
Que semejante enlace califica
De un rebelde atentado, á este delito,
Vos lo sabeis, vuestro interés tan solo
Me pudo conducir. Siempre oprimido
De tristeza y pesar os contemplaba.
Cien veces despechado el hierro impío
Quisísteis asestar á vuestro seno.
Ceder á tantos ruegos fué preciso
Y aventurarme á todo por salvaros.
No me arrepiento: el cielo me es testigo:
Sobre el cadalso mismo entre tormentos,
Si á mí sola alcanzase mi castigo,
Si con él vuestra dicha asegurase
Me veríais alegre bendecirlo.

DON PEDRO.

¡Ah! No es menos ardiente y generosa
La pura llama que en mi pecho abrigo.
Ser tu esposo es mi gloria y mi delicia.
Bien sé cuanto te debo: no lo olvido.

¿Y qué no haré por tí? ¿Quién será osado
A ofenderte? ¡El menor de tus suspiros
Qué de sangre costára! no hay respetos
Despues que para siempre nos unimos
Que al amor conyugal ceder no deban;
Y mi justo furor......

INÉS.

¡Tiemblo de oiros!
Si de veras me amais, tened presente
Aquella gracia que mi fiel cariño
Os pidió el mismo dia venturoso
Que mi esposo os llamé. ¿La habeis podido
Olvidar? Humillada á vuestras plantas
Os conjuré, señor, entre gemidos
A serme fiel, á nunca haceros reo,
Por mas grave que fuera mi peligro,
De una guerra inhumana y parricida,
Y á vuestro Rey......

DON PEDRO.

Yo...... nada he prometido.
Me eres de mucho precio, y por salvarte
Nada respeto, á todo me decido;
Mas tu seguridad es lo primero.
Huye, querida esposa; Yo no vivo
Viéndote amenazada. Prevengamos
La alevosa traicion. Lleva contigo
De nuestro casto amor las dulces prendas.
Huid, huid de este fatal recinto....

Mi respuesta á las órdenes que espero
Va á enfurecer á Alfonso. Ya vencidos
Los agarenos, ¿qué pretexto queda
A mi tenaz repulsa? ¿qué partido
He de tomar? Forzoso es declararle
Que al pactado himenéo no suscribo,
Ni puedo suscribir. Yo le conozco:
Es inflexible. El bien estar de un hijo
No dudará inmolar á su tratado.
Y si al fin, indagando los motivos
De tanta obstinacion, la Reina sabe
Nuestro secreto enlace.... ¡Ah! me horrorizo.
Mi padre, no lo dudes, tu garganta
Entregaría al bárbaro cuchillo,
Y yo desesperado...... Huye, infelice,
Libértame de tan atroz martirio.
Huye.

INÉS.

Me perdería con la fuga.
Lo que ocultar debemos con sigilo
Descubriría entonces. Yo prefiero
Aquí permanecer. Pero es preciso
Armarnos de constancia, y disipando
Toda sospecha, hacer el sacrificio
De no vernos, señor, hasta que luzcan
Dias mas venturosos y tranquilos.

DON PEDRO.

Yo lo consiento á mi pesar. Alfonso

Va á escuchar mi repulsa. Solo exijo
De tí que no en tu rostro manifiestes
El menor interes....

INÉS.

¡Oh Dios! ¿qué auxilio
De mi débil razon esperar puedo?
Yo que apenas el júbilo reprimo
Al oir vuestro nombre!

DON PEDRO.

¡Adios! Descansa
En la fe de mi amor constante y fino.
Solo la muerte separarnos puede.
En tus brazos la juro.... ¡Adios, bien mio!

INÉS.

¡Adios!—! ¡Ah! ¡Con qué pena me separo!
¡Para siempre tal vez nos despedimos!



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El Rey, doña Constanza.

CONSTANZA.

¿Es posible que un Rey á quien Constanza
Mira como á su padre, de mis ruegos
No se deje mover, y á pesar mio
Querais apresurar un himenéo
Que el recíproco amor, no la obediencia,
Debiera consumar? ¿Por qué á don Pedro
No reservais ese cuidado? Nada,
Nada puede, señor, comprometeros
A acelerarlo. ¿Acaso me he quejado
De verlo diferido tanto tiempo?
Bien sé que nuestra union fue sancionada
Por los mas respetables juramentos;
Mas no se fija el dia en los tratados.
Solo á vuestra prudencia y vuestro celo

Encomendó mi hermano el doble nudo
Que asegura su dicha y su contento.

EL REY.

Ese noble teson no me sorprende:
Es muy digno de vos; mas no consiento
Mas dilacion, y fuera el consentirla
A todos injurioso. Cuanto menos
Os oigo murmurar, mas reconozco
Que solo mi deber escuchar puedo.
Mi determinacion ya está tomada.
Don Pedro va á venir, y estoy resuelto
A obligarle....

CONSTANZA.

Señor, por gracia os pido
Nada precipiteis. ¿Entre los vuestros
No contais mi interes? Si desde el dia
Que vine con mi madre en complaceros
Mi gozo se cifró; si mi ternura
Y mi veneracion los halagüeños
Nombres de padre é hija anticiparon,
Dignaos conceder....

EL REY.

No sé qué debo
Presumir de tan firme resistencia.
¿Por ventura es el Príncipe un objeto
Odioso á vuestros ojos? ¿Es su mano
Indigna de la vuestra? No comprendo
Por qué temeis su enlace. Hablad, Constanza:

¿Vos mirais á mi hijo con desprecio?

CONSTANZA.

¡Despreciarle Constanza! ¿Y es posible?
Yo esperara, Señor, con mas sosiego
Su respuesta, si digno de su cuna
No viese en él un héroe. Si la temo,
No os lo debo ocultar, es porque le amo.
Permitidme, señor, que en vuestro seno
Mi inocente secreto deposite.
Confidente mas sábio ni mas tierno
No pudiera encontrar. Desde el instante
En que á don Pedro ví, sentí en mi pecho
Un afecto hasta entonces ignorado
Y en el deber de amarle, lo confieso,
Mi dicha se fundó. Juzgad ahora
Cuanto mi amor sus inmortales hechos
Habrán acrecentado. Cuando oía
Referir sus hazañas contra el fiero
Africano ¡qué votos tan ardientes
Por su victoria dirigia al cielo!
¡Cuál mi pasion su gloria celebraba!
En fin al verle regresar cubierto
De honor y de laureles para siempre
Uní mi corazon á sus trofeos.
Mas á par del amor crece mi pena
Y mi acerbo pesar cuando contemplo
Su fria indiferencia. Mi amargura
Devoro y mis suspiros en secreto.

Sin embargo una débil esperanza
Me queda aún. Acaso lograremos
El término feliz de sus desvíos.
Algun dia, señor, podrá el exceso
De mi cariño enternecer su alma.
Esperad ese dia lisonjero,
Y evitadme el horror de una repulsa
Que fallecer me haria de despecho.

EL REY.

¡Hija mia, que así quiero llamaros,
Tal sabeis conmover mi tierno pecho
Y tan dulce á mi amor es este nombre!
Abandonad presagios tan funestos.
¿Cómo mi hijo á tantos atractivos
Podrá ser insensible? ¡Ah! no lo creo.
Hoy vereis su obediencia y su ternura
Disipar.... Mas él viene.

CONSTANZA.

Si mi afecto,
Si mi llanto, señor, os interesa....

EL REY.

Vuestra felicidad es cuanto anhelo.
Fiad en mí: cesad ya de afligirme
Con injustos temores.

ESCENA II.

El Rey, don Pedro.

EL REY.

Ya los pueblos
Celebraron bastante tus conquistas,
Y es hora ya que á los marciales ecos
Sucedan los alegres parabienes
Y la solemnidad de un himenéo
Que juraron dos Reyes: premio digno
De las hazañas que por tanto tiempo
Le han suspendido; que estrechar debia,
Ya que es fuerza decirte lo que siento,
Mas el amor que la razon de estado,
Y que ofrece á tus votos un portento
De virtud y un tesoro de hermosura.
En verdad me sorprende el poco aprecio
Que haces de esta aliänza, y que consientas
Que á ser feliz te obliguen mis preceptos.

DON PEDRO.

Mas esperaba yo de un tierno padre.
¿No os ha dicho bastante mi silencio?
Si le entendeis, si amais á vuestro hijo,
No me volvais á hablar de ese himenéo.

EL REY.

¿Qué dices, temerario? No sé cómo

Mi cólera reprimo. Pero quiero
Disimularte aún tanta osadía
Y apurar mi bondad. Yo no me ofendo
De ver tu desamor á la Princesa.
¿Mas piensas que los Príncipes son dueños
De elegir una esposa? No, hijo mio,
De la ley general viven exentos.
Lejos del trono tan vulgar idea.
Si no siempre el amor permite el cielo
Que nuestros himenéos solemnice,
Esta dicha á los súbditos dejemos.
Nuestra gloria se funda en inmolarnos
Por la felicidad de nuestros pueblos.

DON PEDRO.

Esas severas máximas del trono
No es justo que se lleven al extremo.
Naturaleza tiene á pesar de ellas,
No os ofendais, señor, otros derechos
Mas justos, mas legítimos, mas santos.
El último mortal, el mas abyecto
Manda en su corazon; ¿y ha de privarse
De tan dulce y sagrado privilegio
Solo al hijo de un Rey? Mi excelsa cuna
¿Por qué ha de condenarme al desconsuelo
De ser mi propio esclavo...? Mis palabras
Excitan vuestra saña, bien lo veo.
Yo mi perdon á vuestros pies imploro.
¡Ah señor! Acoged mi humilde ruego

Con paternal oido. Sin dignaros
De consultar mi corazon primero,
Ofrecísteis mi mano á la Princesa.
Su virtud, su belleza sin ejemplo
No os dejaban dudar de mi ternura....
Mas, señor, un obstáculo secreto
Que no es dado vencer al pecho mio
Me obliga á rehusar esè himenéo.
Señor, yo no he nacido para ella:
Fuerza es decirlo. Sé que es un modelo
De perfeccion; pero ni puedo amarla
Ni lo podré jamás. Si en algun precio
Mi existencia teneis; si he dado pruebas
De mi filial amor y mi respeto;
Si de algunas virtudes fuí dotado,
Si vuestro augusto solio defendiendo
Me he mostrado hijo digno del mas grande
De los Reyes, ceded á los derechos
De la sangre, señor. Yo los reclamo.
Revocad tan tiránico decreto.
¡Ah! No me reduzcais á la desgracia
De ser rebelde á un padre que venero.
La desesperacion puede arrastrarme
A tan horrible y criminal exceso.

EL REY.

Yo te amo, sí, y hubieras ya sufrido
La pena de tu ciego atrevimiento,
Sí, á pesar de mi enojo, aun no dudase

Mi excesiva bondad llamarte reo.
Mas no creas que falte á mi palabra.
¿Pretendes que me sirva de pretexto
Tu injusta y caprichosa indiferencia
Para violar los santos juramentos
Que sellaron mi alianza con Fernando
Y hoy mismo he confirmado? Si los pueblos
Con la fe de sus Reyes no contasen,
¿Su magestad sagrada qué respeto
Infundiera? Tan puro como el ara
Su trono debe ser en todo tiempo,
Y sus tratados firmes, inviolables
Como lo son del cielo los decretos.
¿Quieres romper tan sacrosantos nudos
Y á una guerra cruël comprometernos?
¿Que Fernando, sensible á tanto ultrage,
Penetre vengativo en nuestro suelo,
Y que rios de sangre....

DON PEDRO.

¿Contra Alfonso
Qué podrán sus furores? Vuestro esfuerzo
No tema provocar á un enemigo
Que podeis abatir. Estando cierto
De vencer en la lid, nadie la teme.
Siempre, señor, vuestros pendones regios
Coronó la victoria, y yo, yo mismo
A vencer aprendí de vuestro ejemplo.
Coged las palmas con que Marte os brinda:

Dilatad los dominios del imperio:
Sujetad la Castilla: vuestras leyes
Dictad á todos los vecinos pueblos.
¡Feliz yo, peleändo á vuestro lado,
Si con mi sangre vuestra gloria sello!

EL REY.

Esa loca arrogancia no es mi regla.
Tú hablas como soldado: yo procedo
Como Rey. ¡Justo Dios! ¿Quién de mi solio
Va á ser y de mis glorias heredero?
Un jóven temerario, á la perfidia
Y á la desolacion siempre dispuesto,
Que en nada cuenta el bien estar, la sangre
De sus vasallos.... ¡Ah! Yo compadezco
A Portugal del hórrido destino
Que le prepara tu ambicion sin freno.
¿Destinó Dios acaso los Monarcas
A bárbaras conquistas? ¿Fué su objeto
Los pueblos someter á nuestras leyes
Para que en su miseria nos gocemos,
Y su dicha, su paz, su propia vida
Sean juguete del capricho nuestro?
Juzga mejor del trono y las sagradas
Obligaciones del poder supremo.
Sábios depositarios de la sangre
De todos nuestros súbditos, debemos
Antes sus padres ser que sus señores:
Debemos dirigir nuestros esfuerzos

A su prosperidad mas que á la nuestra,
Y hasta la vida aventurar por ellos.
La paz, la guerra, todo á su ventura
Debe mirar, y siempre que el exceso
De un valor indiscreto, de una gloria
Imprudente á su bien anteponemos,
Nuestro augusto caracter desmentimos.
Piénsalo bien. El dia no está lejos
De mi muerte. Recuerda tus deberes,
Recuerda de un buen padre los consejos
Cuando asciendas al trono soberano.
Entre tanto no olvides que yo reino.
Cese tu resistencia. Mi palabra
Está empeñada y respetarla debo.
No rehuses tu mano á la Princesa.
Ella te ama y.... en fin yo te lo ordeno.

DON PEDRO.

Soy vuestro hijo, soy vuestro vasallo:
Lo sé, mas.... yo no puedo obedeceros.

ESCENA III.

El Rey, don Pedro, la Reina, doña Inés.

EL REY.

Señora, ¿quién jamás lo imaginára?
Mi hijo.... de decirlo me avergüenzo,
Resiste mis deseos. El ingrato

Es inflexible á mi cariño tierno
Y á mis bondades. La solemne afrenta
Que hace á Castilla, á todos ha cubierto
De un eterno baldon: á vuestra hija,
A vos, á mí. ¡Oh furor! ¿Y su escarmiento
Aun puedo suspender? Quizá le impele
Otra pasion á tan culpable exceso.
Si descubro su cómplice....

LA REINA.

Miradla.

EL REY.

¡Inés!

INÉS.

¡Yo!

EL REY.

¡Y es posible!

LA REINA.

Sí: don Pedro
De sus débiles gracias seducido,
O de sus artificios, que es mas cierto,
Sacrifica una hija que idolatro
A su villano amor. No, no mintieron
Mis sospechas. Los ojos del Infante
Siempre fijos en ella, hace ya tiempo
Que me anunciaban tan funesta nueva.
No ha mucho que á la pérfida exponiendo
Mis pesares, leía en su semblante
El delito. Sus ojos no pudieron

El llanto contener, y á pesar suyo
Ví en ella de mis iras el objeto.
No bien me separé, los dos amantes
Se han visto, se han hablado de secreto,
Y al separarse en lágrimas bañados
Ambos han confirmado mis recelos.
Notad su agitacion.... Ved como tiembla.

INÉS.

¡Ah señor! No creais.... Saben los cielos....

DON PEDRO.

No me ofendas, Inés, con disculparme.
Señor, yo la amo y me glorío de ello.

EL REY.

¡Temeraria!

DON PEDRO.

En mí toda vuestra saña
Debeis saciar. Yo solo la merezco.
Inés no es criminal, y....

EL REY.

Calla, ingrato.
Señora, á vuestras órdenes la entrego
Mientras se justifica. Vigiladla,
Y hacedla custodiar en su aposento.

DON PEDRO.

¡Ah! ¿Y en sus manos ...

EL REY.

Sal de mi presencia
Y no me irrites mas. Oye: tus yerros

Bien puedes reparar en este dia.
Si espira y obediente no te veo
Dejo de ser tu padre. Vete.

INÉS.

¡Oh pena!

DON PEDRO.

No os replico, señor, pero yo tiemblo
Por la mísera Inés. Sin mí.... Yo parto.
No os admireis si delincuente vuelvo.

ESCENA IV.

El Rey, la Reina, doña Inés.

EL REY.

Ya está visto: el ingrato menosprecia
Mi autoridad. ¿Qué haré? Piadoso cielo,
¿Seré Rey? ¿Seré padre? ¿Qué partido
He de tomar?.... Morir de sentimiento.

ESCENA V.

La Reina, doña Inés.

LA REINA.

He aquí las funestas consecuencias
De tu temeridad; mas del despecho,
Del ódio de una madre á quien ultrajas
No te libertarás. No, yo no puedo
Ver desairada á mi hija impunemente.

Quizá, si creo á mi furor inmenso,
No bastará tu sangre á mi venganza;
Y el Príncipe cruël.. ¡Ah! Ya te observo,
Tú pierdes el color cuando le nombro.
Su peligro redobla tu tormento.
De vuestra criminal inteligencia
Cuanto mas me aseguro, mas violento,
Mas fiero es mi rencor. ¡Tiembla, infelice!

ESCENA VI.

La Reina, doña Constanza, doña Inés.

LA REINA.

¡Hija!

CONSTANZA.

Señora, ¿qué fatal suceso
Debo temer? de cólera inflamado
Ví al Príncipe salir, y al Rey inquieto,
Irritado, confuso. ¿Qué desgracia....

LA REINA.

El Príncipe se niega á tu himenéo.
He aquí el infame origen de tu oprobio.
Guardias llevadla. Tan cruël desprecio
Yo le sabré vengar aunque perezca.

CONSTANZA.

¡Oh madre! Perdonadla, os ruego.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El Rey, la Reina.

EL REY.

Que venga, sí: apelemos al socorro
De la prudencia, y de mi justa saña
Interrumpamos el violento curso.
El cielo me lo inspira. De su alma
Penetrar me prometo los arcanos.
Hacedla conducir: yo quiero hablarla.
Quiero saber si es digna de castigo,
O merece perdon.

LA REINA.

¿Pues qué, no basta
La ternura que al Príncipe ha inspirado
A hacerla delincuente? Mas su audacia
No se contenta con sufrir que la amen.
Ella fomenta tan culpable llama.
Y lisonjea su insolente orgullo

Al ver el himeneo de Constanza
Frustrado por su causa. Ella aventura
Su libertad, su vida, y aun su fama
Por conservar su criminal conquista.
Uno de sus criados me lo acaba
de confesar: el Príncipe guiado
De la indigna pasion que le avasalla
La vé todos los dias en secreto.
No extrañaré, Señor, que esa malvada
Le incite á rebelarse. ¿Y es posible
Sufrais que de sus crímenes se aplauda,
En vez de intimidar con su castigo
A las què se atrevieren á imitarla?
Vos temeis incurrir en un exceso
De rigor; ¿pero cuál de una insensata
Piedad sería el fruto? El mundo viera
Una Inés cada dia que intentara
Seducir á los hijos de los Reyes.
No faltarán astutas cortesanas
Que en la edad juvenil, siempre dispuesta
A los vanos placeres, ciega, incauta,
Osarán en sus mismos Soberanos
Un esclavo buscar. De tal infamia,
De tal escollo libertad prudente
A vuestros hijos.... El terror abata
De esas fieras beldades el orgullo.
Hacedlas conocer cuanta distancia
Hay desde el trono hasta su humilde suerte;

Y escarmienten de Inés en la desgracia.

EL. REY.

En el primer impulso de mi enojo
Como vos yo queria exterminarla;
Pero un Rey ceder debe á la justicia,
Y jamas al furor de la venganza.
Mandad que al punto se presente.

ESCENA II.

EL REY.

¡Oh cielo!
¡Qué deplorable suerte me amenaza!
Yo temo á cada instante que de un hijo
La ciega obstinacion inesperada
No me reduzca al doloroso extremo
De castigar su culpa temeraria.
¡Permitid, justo Dios, que se arrepienta,
Y Alfonso pueda ser padre y monarca!
Yo de sus votos el fatal objeto
Le voy á arrebatar. ¡Con la esperanza
Pueda espirar su amor, y otro mas digno
Vuelva á mi pecho la perdida calma!

ESCENA III.

El Rey, doña Inés.

EL REY.

Acércate: no temas. Quizá esperas

De la boca de un Rey á quien agravias
Oir una sentencia rigorosa.
Inés, tú siembras la discordia insana
En mi familia, y á ominosa guerra
Vas á incitar las armas castellanas
Contra tu patria misma. Sin embargo
No puedo persuadirme que olvidada
De tus deberes el amor apruebes
De un jóven imprudente, y que tu alma
Tenga parte en el crímen de tus ojos.
No obstante tu virtud, pueden tus gracias
Haber ocasionado los pesares
Que el corazon de un padre despedazan.
En fin todo lo olvido y lo perdono;
Nada reprendo, ni averiguo nada;
Pero es preciso todo repararlo,
Y á este solo designio eres llamada.

INÉS.

Siempre creí que un Rey justo y benigno
De mi suerte infeliz se lastimára,
Y antes de suponerme un negro crímen....

EL REY.

Oye, Inés: las virtudes, las hazañas
No olvido de tus claros ascendientes.
El trono portugués á sus espadas
Es deudor en gran parte de su gloria.
Vuestra sangre en la córte, en la campaña
Siempre ilustre, jamas envilecida,

Solo cede á la mia en Lusitania.
Sobre todo no olvido que tu abuelo
Fue el apoyo y la guia de mi infancia.
Él me enseñó á reinar. La virtud misma
Dictaba sus consejos, y á sus sábias
Lecciones soy deudor de los aplausos
Con que él mundo me honra. Quien le ensalza
De este modo ¿podría serle ingrato?
No: justo es que mi deuda satisfaga.
Recibe tú la digna recompensa
De las virtudes que sus nobles canas
Supieron inspirarme. Don Rodrigo
Es de mi sangre: yo sé bien que te ama.
Mil veces me ha rogado consintiese
En vuestra union. En fin á sus instancias
Cedo gustoso, y tan feliz enlace
No puede nunca mancillar mi casa.
Tu elevacion, al pueblo lusitano
Hará bien conocer cuanto me es grata
De un tierno y fiel amigo la memoria:
Y que quien forma un Rey casi le iguala.

INÉS.

Los servicios, Señor, de mis mayores
No son tan importantes, y es sobrada
Recompensa el honor de haberlos hecho.
Cumplieron su deber: esto les basta.
Pero si, demasiado generoso,
Hasta su misma obligacion sagrada

En mí quereis premiar; humilde os ruego,
Por único favor, por toda gracia,
Me dejeis disponer de mi albedrío.
La fe que don Rodrigo me consagra
Me confunde, señor, pues no me es dado
Merecer sus finezas, ni pagarlas.
¿De qué me serviria ese himeneo?
¿De qué tan alto honor, si nunca el alma....

EL REY.

Basta: te entiendo. Tu lenguage altivo
Confirma mis sospechas. ¡Tú desairas
A un Príncipe!.... Ya veo los excesos
A que ese orgullo criminal te arrastra.
¡Qué! ¿te reservas para el hijo mio?
¿Eres tú; son tus perniciosas gracias
Las que le han sublevado contra un padre?
Quizá os pesa á los dos de que la Parca
Tarde en cortar mis importunos dias.
Mi vida es un obstáculo á esa llama
Pérfida y ambiciosa. Ese rebelde
Aspira á la diadema soberana
Solo por coronarte.... ¿Y quien, quién sabe
Si la severa ley por tí violada,
Un secreto himeneo ha consumado
Vuestro crímen?

INÉS.

Señor....

EL REY

Si por desgracia
Lo llego á averiguar, ¡tiembla! no esperes
Piedad de mí. Al momento tu garganta
Expiará en el hórrido cadalso
Tan enorme atentado.... La que osada
Fuere al delito que de tí recelo,
Por una ley á la postrer infamia
Es condenada en público suplicio:
Tu mismo abuelo á quien mi voz alaba
La dictó; no lo ignoras, y á sus ruegos
Juré solemnemente su observancia
Hasta en su sangre misma. ¡Parecia
Presagiar que tan torpe indigna mancha
Un dia empañaria su pureza!....
Inés! bien me conoces. Tus plegarias
Intentarian desarmar en vano
Mi inflexible justicia. ¡Desgraciada
De tí si justificas mis temores!

ESCENA IV.

El Rey, la Reina, doña Inés.

LA REINA.

Corred, señor, corred.... El pueblo en armas
A la voz de don Pedro se subleva.
Arde do quiera la tremenda llama
De negra rebelion. Él acaudilla

La ilusa multitud que le proclama
Su Soberano, y la culpable huella
Guia furioso hácia el real Alcázar.

EL REY.

¡Oh atentado! ¡Oh desgracia que ni pude
temer ni prevenir! Seguidme, guardias.

ESCENA V.

La Reina, doña Inés.

LA REINA.

¡He aquí tu obra, pérfida!

INÉS.

Señora,
Excusadme el ultraje y la amenaza.
Por mas grave que sea vuestra pena,
La mia aun es mayor. Solo os alarma
El peligro de Alfonso. ¡Ah! Si perece
Don Pedro, se terminan vuestras ánsias.
Yo por el padre y por el hijo tiemblo.
Venza, ó fuere vencido en la demanda,
Temo y lloro del Príncipe la muerte,
Temo y lloro su crímen.

LA REINA.

Inhumana.
¿Qué osas decir cuando al infando crímen
Le arrastra tu ambicion? Si no aprobáras
Esa pasion frenética, si al menos

No la inflamáras tú con la esperanza....
¿Mas por qué pierdo el tiempo en reflexiones?
El Príncipe te ama: esto me basta.
Te ama, sí; y yo de muerte te aborrezco.
Crímen es vuestro mi fatal desgracia
Y al cielo plegue que los dos.... ¿Quién llega?
¡O Dios! Don Pedro. ¡Y la alevosa espada
Brilla desnuda en su iracunda mano!
¿Qué habrá sido del Rey? [1]

ESCENA VI.

Don Pedro, doña Inés.

D. PEDRO

Ya de la rabia
Libre te ves de tu enemiga fiera.
Ven, mi adorada Inés.

INÉS.

¡Oh desdichada
Mil veces yo! ¿Por conservar mis dias
¡Ay! era justo que al deber faltárais?
¡Un hijo ingrato, un súbdito rebelde
Será el objeto de mi pura llama!
¡Buen Dios! ¡he aquí de nuestra union funesta
El lamentable fruto! ¡Ah! ¡cómo mi alma
Reconoce su crímen en el vuestro!

1 Sale precipitada.

¿Qué miro? Y esa espada ensangrentada....
¿Dónde?... Yo tiemblo.... ¿Acaso en vuestro
padre....

DON PEDRO.

¡Ah! ¡qué horrible sospecha! No: mi saña
Supo evitar el parricida golpe.
Apenas á las puertas del alcazar
A mi padre diviso combatiendo,
Huyo su encuentro; dejo á las espaldas
Al pueblo conmovido; otro camino
Me abre el furor por medio de las guardias
Hasta llegar á tí, y el que se atreve
A resistirme con la vida paga.
¿Qué esperas? Ven, Inés.

INÉS.

¡Ah! no. Al delito
Temo solo. La muerte no me espanta.
Corred á defender á vuestro padre.
Salvadle del peligro y á sus plantas
Rendid humilde el sedicioso hierro.
Si no os es dado merecer su gracia,
A sus ojos morid. Cuando yo os pierda
Inocente, mi suerte será infausta,
Pero mayor será mi desconsuelo
Si el negro crímen á mi esposo salva.

DON PEDRO.

Deja que al menos tu preciosa vida
Asegure primero, y de mi audacia

Imploraré perdon. ¡Ah! Por tí temo,
Por tí sola las iras del monarca.
Ya te lo he dicho: mientras tú peligres
Ningun respeto á contenerme basta.

INÉS.

Recobrad, recobrad vuestra inocencia.
Si mi amor, si mi fe, si mi constancia
Pueden algo con vos, dadme por premio
Vuestros remordimientos. ¡Virtud santa,
Inspírale!

DON PEDRO.

Resuelve....

INÉS.

Ah; perdonadme;
Yo prefiero morir.

DON PEDRO.

Bárbara ingrata
¿Rehusas mi socorro?

ESCENA VII.

Don Pedro, doña Constanza, doña Inés.

CONSTANZA.

Huid, don Pedro,
Si amais la vida. Vuestro padre acaba
De dispersar á la insolente turba
Con sola su presencia soberana.
La magestad con el furor unida

Confunde á los rebeldes, y la calma
Restituye á Lisboa. Huid: Él viene....
Su cólera tal vez.

DON PEDRO.

¿Y vos, Constanza,
Por mi vida temblais? ¡Oh generosa
¡Princesa! Yo merezco vuestra saña
Mas que vuestra piedad.

CONSTANZA.

Señor, yo veo
Vuestra cara existencia amenazada,
No mis injurias. El rencor ahora
De crüel y de vil me acreditára.
Huid, no perdais tiempo. En hora buena
Os siga mi ribal afortunada.
Vivid, y todo os lo perdono.... ¡Oh cielos!
¡El Rey!

ESCENA VIII.

Los precedentes, el Rey, la Reina

EL REY.

¡Traidor! ¿qué dudas? ¿á qué aguardas?
¿Está tu brazo pronto al parricidio?
Rinde esa espada, pérfido, ó traspasa
con ella el seno paternal. Elije.

DON PEDRO.

Señor, esas palabras me la arrancan

De la mano. Mi pérdida es segura:
Lo sé. Os conozco bien. No me acobarda.
El peligro. Mi vida vale poco
Y quiero á mi deber sacrificarla.
Mi culpa catigad. Pero á lo menos
Halle, señor, en vuestro pecho gracia
La inocencia ultrajada y desvalida.
Por libertar á Inés tomé las armas:
No ha sido otra la causa de mi crímen.
Al destino cruël que la amenaza
Ella misma ¡oh virtud incomparable!
Se quiere abandonar. ¡Desventurada!
Mis ruegos, mi despecho no han podido
Reducirla á la fuga; y su tirana,
Su implacable enemiga.... ¡Ah! No hay remedio.
Ella muere, si el cielo no la salva.

EL REY.

¿Qué dices, infeliz? Mas la condenas
Cuanto mas te interesas en su causa.
¡Tiembla por tí y por ella!

DON PEDRO.

Si es preciso
Que Inés perezca, la menor tardanza
En mi suplicio puede ser funesta.
Apresuradlo: mi cabeza caiga.
Un vengador tendrá mientras yo aliente.
¿Y quién, viéndome libre, quién osára

Perecer á mis ojos? Vos tan solo
Y la Princesa de mi ciega rabia
Podríais libertaros. A torrentes
Se veria correr la sangre humana,
Y dejaria á los futuros siglos
Padron eterno de mi atroz venganza.

EL REY.

Soldados, apartadle de mi vista.
Guardadle con atenta vigilancia
En su mismo aposento. [1] ¡Hijo culpable!
¡Hijo ingrato y rebelde! ¿A qué desgracia
Reduces á tu padre? ¿Será fuerza
Inmolar una vida tan amada?
¡Oh justicia terrible! ¡Oh trono amargo!....
[2] Llevaos á Inés. No me sigais, Constanza.
Ya veis mi situacion. La virtud misma
Me es importuna y mi dolor agrava.

PERECER

1 Parte don Pedro con los soldados.
2 A la Reina, que se retira con doña Inés.



ACTO CUARTO.

ESCENA I.

EL REY.

[1] Haced venir al Príncipe. ¡Oh conflicto!
¿Cuál de tan triste vista, cielo santo,
El éxito será? si por desgracia
Aun desprecia mis leyes obcecado
Veré á mi hijo por la vez postrera.
¿Le habré obtenido ¡oh Dios! despues de tantos
Y tan ardientes votos: de su infancia
Habré yo mismo el vacilante paso
Dirigido á la gloria y las virtudes;
Habrá ribalizado en tiernos años
Con los mayores héroes, para verle
Con mas dolor morir en un cadalso?
¿Será un don de la cólera del cielo?
El era mi consuelo. ¡Ay! á su lado

1 A un guardia, y parte.

Veía alegre declinar mis dias.
En el digno heredero de mis lauros
Creía renacer, y dar á un tiempo
Un rey y un bienhechor á mis vasallos.
¿Qué se han hecho mis dulces esperanzas?
Ya solo eres objeto infortunado
De una justa venganza. ¡Ellos te pierden
Y tu padre infeliz! ¿Y cómo falto
A la justicia? ¡Ah! ¡nunca! Tu suplicio
Es un bien que les debo. ¡Horrible fallo!
¿Y yo he de pronunciarle? ¿Y me resuelvo
A cumplir un deber tan inhùmano?
¿Y tú, naturaleza, lo consientes?
Yo debo condenarte, y cuando trato
De seguir la virtud, siento en el alma
Del crímen el horror. Aquí gritando
Me está una voz secreta que disculpa
Con tu excesivo amor tus atentados.
Yo te he visto á pesar de tu delirio
Y en medio de tus locos arrebatos
Nunca faltar á la filial ternura
Y morir de despecho y de quebranto
Sin poder decidirte á aborrecerme.
¿Pero qué digo? ¿Al paternal halago
Sucumbirá la magestad suprema?
No: al título de rey augusto y sacro
Ceda el de padre. Abandonar el trono
Es fuerza, ó sus derechos ultrajados

Resolverse á vengar. Al delincuente
Lloremos, su suplicio decretando.
Sí: Portugal admire mi justicia.
Consuele al justo, aterre á los malvados,
Y al ver que á un hijo no perdona, nadie
Se atreva á provocarla temerario.

ESCENA II.

El Rey, don Pedro.

EL REY.

El consejo va pronto á reunirse,
Príncipe, y la sentencia que yo aguardo
No debe sorprenderte, si tu furia
Recuerdas y tu enorme desacato.
La sumision empero y la obediencia
Pueden aun reparar crímen tan alto
Y alcanzarte perdon. Aun el cariño
Inclina á tu favor, bien que indignado
Mi corazon piadoso. Tú pudieras
Acabar de vencerle, si á mis brazos
Quisieras acogerte arrepentido.
Yo mismo te lo ruego, sí: y no tanto
Tu bien procuro como el mio propio.
¡Ah! no quieras privar á un triste anciano
De su único consuelo. Yo te ofrezco
Todo olvidarlo como des la mano

Hoy mismo á la Princesa. Si te obstinas
En rehusar un nudo tan sagrado,
Tú te pierdes y yo de pena muero.

DON PEDRO.

Señor, soy criminal; pero dignaos
Conocerme mejor. Tened presente
Que vos mi corazon habeis formado
Magnánimo, insensible á las desgracias,
Impávido en los riesgos. Los mas árduos,
Los mas terribles mi valor desprecia.
¿Y podríais, señor, sin sonrojaros
Verme temblar á vista de la muerte?
No. Del suplicio el fúnebre aparato
No alcanzará de mí lo que el respeto
Y el amor que os profeso no alcanzaron.
He aquí mis sentimientos. Condenadme.

EL REY.

Ah! ¿Por qué aumentas mi dolor amargo
Con tu fatal respeto? ¡Cruël! deja,
Ya que mi indignacion has provocado,
Que solo un hijo ingrato en tí contemple,
Un mortal enemigo sanguinario
Pronto á clavar en mi angustiado seno
El puñal parricida. Así mi brazo,
Mas firme en la justicia, castigára
Sin desesperacion tus atentados.

DON PEDRO.

Debo morir.

EL REY.

La vida yo te ofrezco.

DON PEDRO.

¿Qué he de hacer?

EL REY.

Obedece mis mandatos.

DON PEDRO.

¡Y me arrebatan mi adorada prenda!
Señor, á tanto precio no me es dado
Comprar vuestra bondad.

EL REY.

Que entren los Grandes. [1]
Y retirad al Príncipe.

ESCENA III.

El Rey, don Rodrigo, don Enrique y otros dos grandes del consejo.

EL REY.

Sentáos.
Vuestras ardientes lágrimas me prueban
Cuanto os doleis de mi destino aciago.
Sí: parece que todos como Alfonso
Teneis que condenar á un hijo amado.

---

1 A un guardia.

Mas la justicia sola nos domine
Y una tristeza inútil depongamos.
Aquellos que al consejo de un Monarca
El cielo destinó, solo su llanto
Deben al menosprecio de las leyes.
Todos sabeis que el Príncipe ha violado
La fe de los tratados venerable:
Que hoy mismo con las armas en la mano
Ha forzado este alcázar sedicioso,
Al fanático pueblo acaudillando
Que mi Trono y mi vida le ofrecia:
Que á la inicua faccion me ha abandonado
Contento con huir del parricidio;
Y que de su furor víctima caigo
Si el cielo y mi denuedo no me salvan.
Venganza clama el sólio soberano.
Sabeis el crímen: ordenad la pena.
Vos, don Rodrigo, hablad.

DON RODRIGO.

Sabeis que amo
A doña Inés, señor. Tal vez hoy mismo
Me hubiérais hecho dueño de su mano
Si antes su corazon no dominara
El amor de don Pedro. ¡Y qué! ¿Mi labio
A mi propio rival quereis qúe juzgue?
Pues bien: yo os ruego consulteis humano
Vuestra propia clemencia. Todo debe
Por su vida, señor, interesaros.

De ella pende la gloria del imperio.
¿Quién podrá sostenerla? ¿Quién guiarnos
Despues de vos por siempre á la victoria
Los régios estandartes tremolando,
Si don Pedro perece? Por mas grave
Que sea su delito, á disculparlo
Basta el menor de sus heróicos hechos.
Decís, Señor, que viola los tratados...
¿Y se habrá de inmolar vuestra familia
Por solo el interes de un reino extraño?
Vuestro celo en cumplir lo prometido
Basta á justificaros. Ni Fernando
A Constanza querrá dar un esposo
Que solo deba al paternal mandato,
Cuando el amor pudiera en otras córtes,
Sin ir humildemente á mendigarlos,
Corazones y cetros ofrecerla.
No negaré que violentó el palacio:
Convengo en su delito; mas no ha sido
Usurparos el trono su conato,
Ni menos atentar á vuestra vida.
Solo de Inés el riesgo le ha forzado
A un crímen, bien que enorme en la apariencia,
Leve en la realidad. ¿Merece acaso
La muerte porque quiso libertarla?
Ved en él un amante despechado,
Y no un hijo rebelde. Sed piadoso.

Restituidle Inés. Si es necesario
Sea su esposa. ¡Oh Dios! ¡Con qué tormento
Esta palabra sale de mis labios!
¿Mas qué importa? Salvadle aunque yo muera.
El es vuestro sosten: yo nada valgo.

EL REY.

Ese esfuerzo magnánimo y sublime
Es digno de mi sangre. ¡Ejemplo raro
De generosidad! A vuestra gloria
Quereis sacrificar vuestros mas caros
Y dulces intereses. Como un héroe,
No cual severo juez, habeis fallado.
Hablad vos, don Enrique.

DON ENRIQUE.

Apenas puedo.
Respirar de dolor. ¡Deber tirano!
¡Buen Dios! don Pedro en el postrer combate
Del alfange cruël del africano
Salvó mi vida á riesgo de la suya.
¿Me habrá librado su valiente brazo
Para juzgarle ahora? ¿Y yo podría
Sobrevivirle? El debe serme grato
Mas que á su padre mismo. El ser os debe,
Y yo aliento por él.... Sé que á un vasallo
De su deber no pueden eximirle
Gratitud ni cariño. En este sacro
Tribunal á mi Rey y á la justicia
Solo debo mirar. Yo seré ingrato,

Mas no traidor. El Príncipe merece
Pena de muerte. Buscareis en vano
Perdon en nuestras leyes á su crímen.
Los derechos, señor, que es necesario
En su sangre vengar, no los de Alfonso,
Son los del trono, son los del estado.
No puedo proseguir.

EL REY.

Acabad.

DON ENRIQUE.

¡Cielos!
Señor....

EL REY.

Dad vuestro voto. Yo os lo mando.

DON ENRIQUE.

Si la piedad en su favor os rinde,
No regirán el cetro vuestras manos
Sino á merced de su capricho. El pueblo
Que se creerá temible, á cada paso
Dispuesto á sublevarse, la discordia
Civil encendería despreciando
Vuestra impotente autoridad. Don Pedro
Sería el verdadero Soberano,
Y el título tan solo os quedaria....
El me ha dado la vida, y yo inhumano
Proscribo su cabeza! ¡Ah! muy en breve
Le seguiré á la tumba.

EL REY.

¡Heróico rasgo!
¡Prodigio insigne de lealtad! ¿Y Alfonso
Menos recto seria? No. Cedamos
De la virtud al poderoso imperio,
Y de naturaleza el eco blando
Calle á la voz de la justicia santa.
Y vosotros.... Ya veo demasiado
Cual es vuestro dictamen. Ese triste
Silencio profundísimo, ese llanto
Mi deber me recuerdan. Yo condeno
A mi hijo. El bien estar de mis vasallos
Lo pide así. Si solo padre fuera
Yo le perdonaria. Consolaos.
Mi justicia liberta á vuestros hijos
De un injusto poder. El temerario
Que atropella las leyes, no conoce
Freno que le contenga ni atentado
Que no cometa. Preparad al reo.
La sentencia está dada. Retiráos.

ESCENA IV.

EL REY.

¡Inflexible justicia! ¿Estás contenta?
¡Gloria inhumana que el teson romano
Eternizó en la fama, yo te ofrezco
Una víctima mas! Severo Manlio,

Inexorable Bruto, Alfonso imita
Vuestra feroz virtud. Horrorizado,
Como á vosotros, me venere el mundo.
Oh Dios que dísteis fuerzas á mi labio
Para dictar tan bárbara sentencia,
Terminad con la muerte mi quebranto!

ESCENA V.

El Rey, la Reina, doña Constanza.

CONSTANZA.

¿Será cierto, señor? todo el consejo
En lágrimas piadosas anegado
Se separa de vos. Nuestra desgracia
Leo en su rostro. ¡Ah! no temia en vano
Vuestro rigor. ¡Vos condenais á un hijo!

EL REY.

El deber me lo ordena.

CONSTANZA.

¿Y confesarlo
Podeis? ¿Y yo sin fenecer os oigo?

LA REINA.

¡O que tormento para un padre! ¡Cuánto
Padecerá vuestra alma! ¿Era preciso
Que su temeridad, su orgullo insano
A la necesidad os redujera
De castigar....

EL REY.

¿Por qué tan necesario
Su suplicio juzgais? Cuando prefiero
A mi amor mi deber; cuando inhumano
Me atrevo á condenarle, vos debiérais
Escuchar con horror y sobresalto
La bárbara sentencia, y dolorida
Implorar su perdon. Mas nada extraño.
¡Hijo infeliz, no tienes una madre
Que me ayude á llorar tu fin infausto!

ESCENA VI.

La Reina, doña Constanza.

CONSTANZA.

Aprovechad tan plácido momento.
Redoble su ternura vuestro llanto;
Salvad á un infeliz. Volad ¡Oh madre!
Hablad al Rey: instadle: apresuraos.
Vos obtendreis su gracia.

LA REINA.

Ya le sigo;
Pero temo....

CONSTANZA.

Corred. En vuestras manos
El mas dulce anhelar del alma mia
Impaciente abandono.

ESCENA VII.

CONSTANZA.

[1] Un breve espacio
Debo hablar con Inés: id á traerla.
La Reina lo ha dispuesto.... No reparo
En implorar socorro por salvarle
De mi propia rival. Aunque á sus brazos
Yo le viera volver. ¡Feliz si libro
La preciosa existencia de quien amo!

ESCENA VI.

Doña Constanza, doña Inés.

CONSTANZA.

Don Pedro ha sido condenado.

INÉS.

¡Oh pena!

CONSTANZA.

Mi amor sabeis. No obstante sus agravios,
Mis celos, mi pesar, yo no conozco
Otro bien que su vida. No perdamos
Los momentos. La Reina en este instante
Ruega por él. Yo misma iré llorando

1 A un guardia.

A las plantas de Alfonso. ¡Llanto inútil
Contra un Rey tan severo! Es necesario
Procuremos al Príncipe un apoyo
Mas poderoso. Vos sabreis acaso
Qué resortes, qué amigos en su auxilio
Podrían emplearse. Yo me allano
A hacer en su favor cuanto vos misma
Haríais siendo libre. Bien fiaros
Podeis de mí. Dictad vuestros consejos,
Que aunque espire, estoy pronta á ejecutarlos.

INÉS.

No acierto á responderos.... ¡Ah señora!
Vuestra heróica bondad, mi sobresalto,
Me confunden.... El Príncipe no debe
A vuestros ojos ser mas que un ingrato,
Yo una indigna rival; ¿y vos....

CONSTANZA.

Pensemos
En salvar á don Pedro. Ambas le amamos:
La virtud nos iguala, y otra gloria
Que la de conservarle, otro conato
No nos puede guiar.

INÉS.

¡Princesa amable!
Vos confortais mi pecho atribulado.
¡Oh generosidad! ¡Oh virtud suma!
En mi duro conflicto aun veo un rayo
De esperanza. Vos sola mi designio

Podeis facilitar si con recato
Me obteneis una audiencia del Monarca.
Habladle, y que no llegue á penetrarlo
La Reina. Si él consiente en escucharme,
Yo espero que don Pedro sea salvo,
Y tal vez para vos.

CONSTANZA.

Dar á mi celo
Esa oferta no puede mayor grado,
Y me ofendeis si así lo habeis creido.
Mas noble es mi pasion. El dulce lauro
De libertarle es todo cuanto anhelo.
Idos. Yo voy al punto á procuraros
Hablar al Rey. ¡Los cielos os concedan
Enternecer su alma! Que apiadado
Al Príncipe perdone, y nada importa
Lo demas, si su vida aseguramos.



ACTO QUINTO.

ESCENA I.

La Reina, doña Constanza.

LA REINA.

¿Cuales son tus designios? ¿Con qué objeto
Pides al Rey que escuche á esa perversa?
¿Por qué, en vez de animarle á la venganza,
Mendigas con tu llanto injurias nuevas?
¡Dos amantes odiosos y culpables
Triunfarán de mi rabia y tu vergüenza!

CONSTANZA.

Sufrid que la virtud me haga dichosa,
Y no culpeis, señora, mi clemencia.
Así será menor la mengua mia.
Sí: yo quiero vengarme: pero á fuerza
De beneficios. ¡Ah! cuando pisamos
El suelo portugues, bien lo recuerda
Mi gratitud, los pueblos bendecian

Los dones de Castilla. ¡Con qué tiernas
Demostraciones recibidas fuimos!
Creyeron que conmigo la risueña
La hermosa paz venia.... ¡Oh Dios! ¿Y ahora
De la celeste cólera tremenda
Precursora he de ser? ¿Yo encendería
De la discordia la horrorosa tea?
¿En la sangre de un hijo idolatrado
Teñir veria la paterna diestra?
¿Quéreis ¡qué horror! que su dolor me acuse
De la muerte de un héroe, su halagüeña,
Su única esperanza?.... ¡Oh madre mia!
Mi pena acrece tan terrible idea.
¡Oh si Inés previniese tantos males!
Mi corazon aun no se lisonjea
De un éxito feliz; ¡pero cuán cara
Me seria, señora, si por ella
Don Pedro se salvase!

LA REINA.

Tus bondades
Mi rencor y mi cólera acrecientan.
Haberte despreciado es un delito,
Que nunca yo perdonaré. ¿Pudiera
ver con benignidad al inhumano
Que con tanto descaro menosprecia
Tu virtud y tus gracias? Ese monstruo
Es el solo mortal que se atreviera
A tan bárbaro ultraje. El es muy digno

De mi saña. ¿Qué madre á tal afrenta
Insensible seria?

CONSTANZA.

¡Vos mi muerte
Deseais!

LA REINA.

¿Aun le amas? ¿Aun conservas
Una indigna pasion?

CONSTANZA.

Sí: yo le adoro,
Aunque ingrato. Excusadme la violencia
De ese furor que el pecho me destroza.

LA REINA.

¡Culpable amor! ¡Hija infeliz! ¿Qué estrella
Infausta te persigue?.... Pero en vano
Esa traidora conmover intenta
El corazon del Rey. Yo no comprendo
Cual su esperanza, cual su apoyo sea;
Pero pocos instantes, lo aseguro,
Aunque Alfonso revoque la sentencia
Podrá gozar.... No digo mas. Mi encono
Te deja tu virtud y tu inocencia
Y carga con el crímen.

CONSTANZA.

¡Madre mia!
Salvadlos por mi amor.

LA REINA.

Tu amor me fuerza

A armarme contra ellos.

CONSTANZA.

¡Ah! Yo tiemblo.

ESCENA II.

El Rey, la Reina, doña Constanza.

EL REY.

No he podido, Constanza, á vuestras tiernas
Lágrimas resistir. En este instante
Conducida va á ser á mi presencia
La infortunada Inés. Pero no espere....
Idos: ya viene.

LA REINA.

Contemplad que es ella
La mas culpable.

CONSTANZA.

Oidla bondadoso,
Y vuestra compasion ambos merezcan.

ESCENA III.

El Rey, doña Inés, un Guardia.

INÉS.

No dudo que á su Rey la voz doliente
Inés dirige por la vez postrera.

Pero primero para cierto encargo
De que ya está informado y me interesa
Permitid que disponga de este guardia,
Y que vaya al momento....

EL REY.

Obedecedla.

INÉS.

No tardeis en volver.

ESCENA IV.

El Rey, doña Inés.

INÉS.

A pesar vuestro
Vos condenais á un héroe que venera
El mundo; á un hijo á quien amais y os ama.
Esa frente, señor, toda cubierta
De triste palidez harto me dice
Que la piedad en su favor os ruega.
La justicia inflexible, bien lo veo,
Os ha arrancado la penosa ofrenda
De los mas halagüeños sentimientos.
Con la virtud mas firme y mas austera
Quereis del universo ser asombro.
Conozco bien cuanto dolor os cuesta
Tamaño sacrificio. ¡Ah! Ni pretendo
Que os separeis de la terrible senda
Que el deber de Monarca os ha trazado.

ed justo.... ¿Mas del crímen la apariencia
Castigareis como el delito mismo?
No es delincuente el Príncipe. Si huella
Los tratados, señor; si de Constanza
Al himeneo pertinaz se niega,
No le juzgueis por eso inobediente.
Ni arrebataros quiso la diadema
Al penetrar armado en vuestro alcázar.
Ah! Bien pudo probaros su inocencia
Con sola una palabra. Ese silencio
Generoso creyó ser una deuda
De su cariño, y por salvar mi vida
Abandona al verdugo su cabeza.
Oid pues la verdad. Yo soy su esposa.

EL REY.

Su esposa? ¡Oh Dios! ¿Qué escucho? ¿Y
tú, tú mesma
Me lo dices? ¡Oh audacia sin ejemplo!
Acaso esperas que de tí se duela
Quien á su misma sangre no perdona?

INÉS.

No señor; no. Mi confesion sincéra
Tiene objeto mas noble y mas piadoso.
Yo sola soy culpable: yo perezca
Y viva el inocente. Yo he violado
Esa severa ley que me condena
A muerte ignominiosa. Sus rigores
No alcanzan á don Pedro. Mi terneza,

Mi sacrificio, la sublime dicha
De libraros á un hijo me consuelan
Y á mis ojos mi culpa disminuyen;
Pero es forzoso que á los vuestros sea
Una rebelde de piedad indigna.
Yo de las garras de la muerte fiera
Le arrebaté, señor, siendo su esposa.
Hoy tambien por librarle estoy resuelta
A subir al patíbulo.... ¡Ah! dos veces
Le habré salvado y moriré contenta.

EL REY.

No: esa piedad no puede desarmarme.
Yo me defenderé de tus cautelas,
De tu misma virtud. No será impune
Tu delito. Las leyes, mis ofensas
Piden satisfaccion, venganza piden;
Y la tendrán.

ESCENA V.

El Rey, doña Inés y dos niños conducidos por una nodriza.

INÉS.

Pues bien: vengadas sean.
Para saciar vuestra implacable saña
Aquí teneis, señor, víctimas nuevas.
Sacrificad los frutos malhadados
De una union tan culpable y tan horrenda
A vuestros ojos. ¿Qué esperais? sed sordo

A los remordimientos. Nuestra pena
erá así mas terrible. Ellos y el mundo
gnoran que su sangre es sangre vuestra.
Reconocedla y derramadla luego.
Sí: dejad la justicia satisfecha
Exterminando al padre y á los hijos
El hierro mismo que á la madre hiera.

EL REY.

¡Desgraciada! ¿qué has dicho? ¡Oh Dios!
¿qué objetos
Ofreces á mi vista?

INÉS.

No os ofenda
Mi lenguage: el despecho me le dicta.
No negareis que á vuestra real diadema
Ambos tienen derecho.... Id, hijos mios:
Implorad humillados su clemencia.
Abrazad sus rodillas.... ¡Ah! miradlos
Con ojos paternales. Vuestra excelsa
Sangre en ellos mirad, y no la mia.
Su candor y sus lágrimas merezcan
El perdon de su padre y vuestro hijo.
Si de sangre la ley está sedienta,
Verted, señor, la mia. Solo os ruego
Que á mi adorado esposo oculta sea
Mi desastrada muerte. Él moriria
De rabia y de dolor si la supiera.

EL REY.

[1] Id á buscar al Príncipe. Decidle
Que Inés es suya; que á mis brazos vuelva:
Que todo lo perdono.

INÉS.

¡Justo cielo
Qué ventura sucede á mi miseria!
¡Mi juez se ha convertido en tierno padre!
Yo estoy fuera de mí.... ¡Ah! ¿Quién creyera
Que de gozo espirára á vuestras plantas
Quien pensó de dolor morir en ellas?

EL REY.

Levántate, hija mia. En las caricias
De estos dos niños que mi seno estrecha
Empiezo ya á gozar los dulces frutos
De mi benignidad. ¡Naturaleza!
Tú has vencido. Mas valen tus derechos
Que leyes, juramentos y promesas.
Cuenta de hoy mas, Inés, con mi cariño
Y mi constante proteccion. Conserva
Al esposo que al fin te restituyo
El tierno y puro amor que le profesas.

INÉS.

¿Qué es esto, santo Dios? La voz me falta.
Las fuerzas me abandonan. En mis venas
Arde la sangre. ¡Qué dolor! ¡Qué horribles

1 A un guardia.

Convulsiones! Quitad de mi presencia,
Retirad á mis hijos. Con su vista
Mi martirio y mis ansias se acrecientan. [1]
¡Esposo mio! tu fatal presagio
Cumplióse al fin.

EL REY.

¡Oh bárbara fiereza!
¡Oh perfidia! ¡oh venganza sanguinaria
De implacable muger! ¿Aun esta prueba
Me reservaba el cielo? ¡Miserable!
¿Dónde huiré?

ESCENA VI.

Los precedentes, D. Pedro y D. Fernando.

DON PEDRO. [2]

Vuestra bondad inmensa,
Señor....

EL REY.

Déjame.

DON PEDRO.

¿Huis de vuestro hijo?
¡Ah! permitid que á vuestras plantas régias
Mi gratitud, mi júbilo demuestre.
Vos me volveis á Inés; y tal fineza....

---

1 La nodriza se retira á un extremo con los niños.
2 Sin ver á doña Inés ni á sus hijos.

EL REY.

¡Desventurado! en vano te la vuelvo....
Mírala moribunda.

DON PEDRO.

¡Impía, horrenda
Traicion que clama al cielo! ¡Inés! ¡mi vida!
¡Oh tormento! La sangre se me hiela. [1]

INÉS.

A un tiempo, caro Príncipe, su gracia
Y su suplicio Inés experimenta.
No puedo, no, quejarme de mi suerte,
Pues permite en mi hora postrimera
Que vuestra esposa sin rubor me llame
Y que un padre benigno lo consienta.

DON PEDRO.

¿Dónde está, dónde la inhumana furia
Que la muerte te dió? Mi airada diestra
Te vengará en su sangre abominable,
Aunque la esconda el centro de la tierra.

INÉS.

¡Ah señor! por piedad tranquilizaos.
Contened esa cólera funesta.
No pretendais vengarme. Vuestra vida
La debeis al favor de la Princesa.
Ella os ama. Yo os hice desgraciado.
Sed su esposo. Feliz sereis con ella.
Amad y consolad á vuestro padre.
Y no olvideis.... Yo muero. A Dios.

EL REY.

¡Oh pena!
Retiradla.

DON PEDRO.

Dejadme que la siga.
Dejad, amigos, que con ella muera.
¡Oh desesperacion! ¡Oh rabia! ¡Oh crímen!

EL REY.

¿Qué vas á hacer? Detente.

DON PEDRO.

Inés es muerta,
¿Y me lo preguntais?

EL REY.

¡Hijo!

DON PEDRO.

Mi espada
Hasta su tumba me abrirá una senda.
¿Mas quién me la quitó? ¡Todos me venden!
Volvédmela, crueles.

EL REY.

¡Ah! modera
Tu furor temerario. Vive, ingrato,
Vive para tu padre. Considera
Que tu muerte al sepulcro me llevára.
Vive para la gloria si la aprecias,
Vive para la pátria, y en fin vive
Pára tus hijos. Inocentes prendas
De un amor perseguido y desgraciado,

Enterneced su corazon de piedra.
¡Huérfanos infelices! Vuestro padre
Os quiere abandonar. [1]

DON PEDRO.

¡Ah, qué sorpresa!
¡Hijos mios! venid. Solo vosotros
Me haríais tolerable la existencia.

1 Llegan los niños: don Pedro los acaricia enternecido.